



BIBLIOTECA

CT3210

C3

V.5

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinetto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA PUBLICA  
DE NUEVO LEON

## HERO

Pocas tierras hay en el mundo tan hermosas como las que unen Europa y Asia por el Bósforo tracio, por el antiguo Helesponto. Para nosotros, los occidentales, allí brilla con todo su resplandor el Oriente. Y la cuna del sol, como las primeras flores, como las primeras alboradas, como el amanecer de la esperanza en el pecho, como el latido fuerte de la sangre juvenil por las venas, como todo lo que significa presentimiento y es profecía, nos atrae y nos cautiva, teniendo parte principal en la común levadura estética guardada por todos los mortales dentro de nuestra mente, la cual se mezcla con todos los afectos y con todos los sentimientos de nuestra múltiple vida. Cuando se dice Oriente, oriental, parece decirse fábula de riqueza incalculable, centro de resplandor indecible, comienzo de la humanidad, alba de la histo-

ria, país de cuentos fantásticos donde los palacios de oro sembrados por brillante pedrería elevan á las alturas sembradas de astros, en sus estalactitas, misteriosos surtidores de azogues que vuelven á caer sobre tazas de perlas, entre cadencias de músicas invisibles exhaladas misteriosamente por las paredes y coros de huries, componiendo el harén de donde bajan á nuestra zozobrosa y triste vida, en raudales copiosos, el primitivo manantial de todos nuestros placeres. Para que parezca todavía más hermoso á las miradas y á las ideas nuestras el Oriente, ha colocado allí naturaleza uno de los lugares más cantados por la poesía humana y más queridos por el sentimiento universal, aquella cinta del Bósforo de Tracia, donde comienza el cielo asiático; y las ondas azules, por riberas de cármenes ceñidas y estrechadas, mueren al pie de las colinas, cubiertas por los terebintos y por las palmas, embalsamadas por las rosas y por los jazmines, donde las velas blancas de las naves oscuras se mezclan con los aleteos de los pájaros orientales y los gritos de las gaviotas con los arpegios de los ruiseñores, y mientras cerca se ven edificios coronados de diademas aéreas que diríais soñadas, descúbrense á lo lejos las cumbres ceñidas de nieves y ornadas con todas las reverberaciones del sol, cumbres tan hermosas á la vista por sus cortes increíbles como al pensamien-

to por haber de allí descendido las musas de todos los poetas y los dioses de todos los templos. Además, desde las edades antiguas, desde los siglos inmemoriales, desde las épocas aquellas que frisan con la prehistoria y con la fábula, el Bósforo ha representado como la encrucijada misteriosa en que tropiezan los representantes de todas las razas y donde se cruzan Europa, y Asia, y África en brillante y poderoso núcleo. Los griegos del Asia Menor, coronados por sus gorros frigios y tañendo sus sonoras cítaras; los lidios y los frigios, acompañados por sus divinidades ebrias y ejercitadísimos en sus cultos sensuales; el mercader fenicio, que trae púrpura de Tiro y oro de Ofir; el hijo de Israel, meditabundo y calculador, que sabe mezclar á las ideas más sublimes los cálculos más prácticos y útiles; el egipcio, que parece, según sus rituales vestiduras, un ídolo andando; el arquero de las mesetas centrales asiáticas, unido á su caballo cual si formase parte de su cuerpo; los árabes y los nubios del desierto, que despiden miradas semejantes al centelleo de los ojos del tigre y del león; los sátrapas de Babilonia y de Nínive, cargados con las riquezas que han recogido en sus batallas y conquistas; los mismos indios cazados en aquellos ojeos de pueblos que intentaban y emprendían Cambises ó Ciro; todos estos representantes de las

diversas regiones antiguas han pasado por allí en procesión misteriosa, ya como argonautas en pos del áureo vellocino, ya como irruptores en pos del humano imperio. ¡Cuánto y cuánto mágico poder no tendría en mundo tan estético, cual siempre lo fuera el viejo mundo, estos bellísimos territorios, á los que podríamos llamar propíleos del Asial. Hoy es, hoy, en que la razón pura se ha sobrepuesto por todos los caminos del pensamiento á la vieja fantasía, hoy es, y no podemos nombrar el Bósforo, Constantinopla, Tracia, sin que veamos los caiques flotando sobre las aguas al són de los laúdes, las mimosas abriendo sus corolas y derramando sus esencias en las colinas ornadas por jardines sin cuento, los kioscos de color lila irguiéndose airosos junto á los minarettes de mármol blanco y rosa, el softá vestido de sedas y el muecín cantando en la torre las oraciones monótonas del desierto inmenso, la mezquita junto á la cual se cimbrean las palmas con los cipreses y huelen jazmines y rosales, las celosías de oro, la pajarera canora, el harén misterioso donde la sultana se tiende sobre los cojines de Persia, junto á los surtidores de aromadas aguas, para ver cómo vuelan, bajo los techos de cedros incrustados en marfiles, todos los ensueños, y para oír mezclados con el latido de las ondas y con el aleteo de las brisas los ecos de las

voluptuosas sinfonías y los acentos de las palabras ardientes, de los suspiros enamorados, de los besos resonantes.

El mundo antiguo, que llenaba de fábulas y poesías todos los sitios capitales del planeta, no pudo echar en olvido este sitio excepcional verdaderamente, donde brillaban con brillo tan extraordinario las alturas celestes sembradas de un éter espléndido y la misma baja tierra cubierta de cien razas diversas. La conjunción allí entre dos continentes como el asiático y el europeo atraía con seguridad el pensamiento humano á su seno por la virtud y eficacia de los prestigios varios encerrados como una fuerza magnética en los puntos singulares del espacio. Las fuentes y desembocaduras del Nilo, el cauce de ríos como el Tigris y el Éufrates, el estrecho de Mesina, el Vesubio de Nápoles, el archipiélago helénico, la vega de Granada, el Cáucaso y el Caspio, cuantos territorios ofrecen alguna particularidad excelsa en la tierra, se han poblado siempre de ideas y de fábulas que sirven á esmaltarlos y embellecerlos. ¿Cuánto más no debía suceder esto con el Bósforo de Tracia? El Asia y la Europa vivieron de antiguo en discordancia perpetua. El joven mundo europeo rechazó con mayor y más viva repugnancia y más porfiado combate al viejo mundo asiático que rechazara en su día

el joven mundo americano al viejo mundo europeo. Los combates de las divinidades en el Olimpo, las guerras entre los cultos, las irrupciones de los Nabucodonosores y de los Ciro, el viaje de los argonautas, la conquista de Troya, expresan este irreconciliable antagonismo entre Asia y Europa, que todavía late hoy en cuestiones contemporáneas, como la cuestión del canal de Suez, como la cuestión del Herat de Afgania, como la misma cuestión del Bósforo de Tracia. Cuando el inglés en los desiertos egipcios combate insurrecciones como las insurrecciones de Arabi, cuando el italiano cae muerto á las orillas del mar Rojo, cuando extiende su protectorado el francés con arte sobre la regencia de Túnez, cuando rompen los españoles por las costas de África en guerra con Marruecos ó asaltan los fortines de Joló, cuando el ruso toma Kiva ó Sarrachs, cuando el austriaco sueña con Salónica y el griego pugna por disputarle así al esclavón como al turco su antigua Macedonia, repiten indeliberada é inconscientemente las hazañas de Jasón, de Aquiles, de Milcíades, de Jenofonte, de Alejandro, en fin, de todos aquellos que han combatido al mundo asiático, imprimiendo en sus viejas ruinas con hierro candente la indeleble marca de nuestra superioridad europea. Pues bien, el territorio donde Asia y Europa, tan enemigas

moralmente se reunen materialmente, tocándose como puedan tocarse los órganos de un mismo cuerpo, debía ser en el mundo antiguo un territorio muy apropiado para llamar á sí enjambres de fábulas como ha sido en el mundo moderno un territorio para llamar azotes de guerra. El Bósforo brilla todavía entre las grandes porciones del planeta con resplandor propicio y suave de una oriental poesía y con resplandor siniestro de una guerra continua, pareciéndose á ese planeta que los astrónomos han llamado Marte, porque sus rayos tiran indudablemente, pues con solo mirarlo se reconoce, á color de sangre. Hay muchos elementos de inspiración en el Bósforo; pero también hay muchos gérmenes, muchísimos, de angustia y de dolor.

Helesponto llamaron los antiguos al angosto y largo estrecho que separa el mar Egeo del mar de Mármara. Teniendo cincuenta millas de largo, su anchura mayor es de seis millas y su anchura menor baja en algunos puntos á menos de una milla. Imaginaos qué impresión debía producir en los ánimos antiguos, tan impresionables de suyo, por más sensibles y más estéticos que nuestros ánimos, estas tierras y estas aguas, donde se besaban los dos enemigos continentes, el Asia y Europa. La parte más estrecha de todo el Bósforo es la parte donde pasa la escena que nosotros vamos á des-

cribir ahora, de los amores entre aquel joven asiático llamado Leandro y aquella joven europea llamada Hero. De Abydos era Leandro y de Sesto Hero. La distancia entre ambos puntos, en el extremo de Asia el punto Abydos, y en el extremo de nuestra Europa el punto Sesto, la distancia era muy corta, como hemos dicho, y aun á la simple vista lo parecía más por esas ilusiones ópticas, muy frecuentes en montañas y riberas. Lo cierto es que para trasladarse del uno al otro mundo, Xerxes puso allí un puente de barcas, el cual ha venido con extraordinario renombre á nuestras historias y á nuestros días. Estas dos tierras, que hoy están bajo el cetro único de los califas bizantinos, llamáronse con nombres diversos en las edades antiguas. Querroneso de Tracia decíase la parte á Europa perteneciente, y Troada, ó Abydos, ó Lasusaco la parte perteneciente al Asia. ¿Por qué se llamó el Bósforo en aquellos tiempos viejos mar de Heles ó sea Helesponto? Heles era hija de Atama, y su madre Nefelec, queriendo libertarla de los malos tratos que le daba una madrastra suya, bajó de las alturas celestiales y se la llevó consigo en el lomo del cordero que tenía los vellones de oro, para darle allá en las moradas celestiales inmortal tranquilidad. Pero estaba escrito que la mísera Heles no podía tenerla en el mundo, y al pasar sobre las

aguas del Bósforo cayó en ellas y se ahogó tristemente. De aquí proviene, pues, que llamaran los antiguos á tales aguas con el conocido nombre de Helesponto, nombre que les ha durado hasta nuestros mismos días. Sitio tal, abre paso á muchos y muy importantes territorios. Necesario, muy necesario al cambio, y necesario, muy necesario á la comunicación universal, debía tener en el comercio la importancia que tienen todas las verdaderas factorías y en la política toda la importancia que tienen los verdaderos puntos estratégicos. Lo cierto es que para los primitivos griegos el áureo vellocino generador de los cambios estaba en aquellas regiones, y atraía por ende á los navegantes como atrajo á los guerreros occidentales la posesión de Troya en antiguas guerras y á los guerreros orientales la posesión de Tracia en las guerras médicas y en otros tantos extraordinarios encuentros. Manzana de Paris debía llamarse por ley natural el Bósforo, puesto que su posesión, disputada eternamente por asiáticos y europeos, debía ensangrentar sus aguas celestiales y claras. En esta guerra continua, en esta oposición irreconciliable de dos enemigos territorios, parece que debía el uno mandar al otro efluvios múltiples de odios implacables. Los huesos por aquellas tierras sembrados, las sombras mortuorias difundidas por aquellos horizontes, pa-

rece que debían mantener en enemiga irreconciliable y en horror mutuo y perpetuo las dos regiones. Cascos abollados, espadas y lanzas rotas, escudos hechos trizas, piedras ciclópeas á las fortalezas enormes arrancadas, humos de incendios, cadáveres disyectos: he ahí todo cuanto presentaban una y otra tierra desgarradas por los combates, y exhalando, en tal situación y estado, miasmas ponzoñosísimos de rencores inextinguibles. Este centro de horrores debía despedir un efluvio de amor. Nada tan bello como que las fuerzas generadoras de las especies, que acercan y juntan á los dos sexos para conservarlas y reproducirlas, provengan de las fuerzas destructoras, demostrando así cómo se identifican en el fondo íntimo de nuestro sér conceptos tan contradictorios como el amor y la muerte. ¡Cuántas veces, al penetrar en los cementerios, creyendo ver, como en los naufragios y en los combates recientes, ruinas y cadáveres, pedazos de naves y pedazos de cuerpos, el horror, el silencio, el frío, descubris la hierba verde, que surge brillantísima y por el rocío esmaltada entre las piedras funerarias, llamando á sus colores y á sus aromas las aves y los insectos que de vida se embriagan, y se tiñen de colores, y elaboran mieles, y muestran por doquier, en vuelos, en aleteos y en arpegios, las glorias y las excelencias del amor uni-

versal! Todos los grandes poetas han tallado en sus inspiraciones varias obras de primer orden, arrancadas á esta situación sublime del odio generando el amor. La inmortal poesía, que se tiende como una hiedra misteriosa por las rejas y por los balcones de la ciudad llamada en Italia, como nuestra Teruel en España, la ciudad de los amantes, Verona, proviene de haber nacido amor tan grande y sublime de odios irreconciliables y eternos. Juntar con los lazos de una pasión como el amor aquellas tierras tan enemigas, resulta idea bellísima, que no debe maravillarnos, si ha tomado todos los esmaltes de las más hermosas leyendas y ha tenido entre sus cantores primeros y más inspirados á poetas de tal magnitud como Virgilio y Ovidio.

La leyenda ésta se remonta de suyo á tiempos muy remotos. Aunque gramáticos de la decadencia griega, como el célebre Museo, hayan puesto su argumento en poema después de haberlo puesto en sus Heroídas Ovidio y en sus Geórgicas Virgilio, transmitiéndolo por tal modo á la posteridad, lo cierto es que representa la historia de Leandro y Hero una pasión amorosa de los tiempos heroicos en Grecia. Y esta pasión amorosa demuestra la eternidad santa del amor y lo invariable de sus caracteres naturales. Mil vulgares nociones, allegadas en juicios falsos y convencionales, divulgan la idea

de una diferencia entre la pasión del amor, tal como la concebían los antiguos, y la pasión del amor, tal como la conciben los modernos. A creer tan falsas nociones, repetidas en escuelas y academias, el amor antiguo provenía de los sentidos y en los sentidos se paraba, muy al revés del amor cristiano, todo del alma, para el alma, en el alma. Cuantos disertan así, después de olvidar que cierto sensualismo clásico no excluye la idealidad y que cierto idealismo cristiano tampoco excluye los sentidos, parangonan tipos ideales, como la Beatriz del Dante, con tipos encontrados en la vida real, y por ende oscurecidos con todas las impurezas naturales á la viviente realidad. El amor es eterno, y cuando verdaderamente se apodera de un sér, cautiva por igual su cuerpo y su alma, sus sensaciones y sus ideas, sus afectos y sus recuerdos, su vida y su muerte. La hermosísima é inolvidable leyenda poética de nuestra Hero está viva en el pensamiento humano para desmentir tan infundados asaltos. La ternura, la compasión, la caridad, el amor puro que se apodera de todo el sér, y llena toda la existencia, y descende con nosotros á la muerte, y entra en el sepulcro, existe donde quiera que la humanidad se levanta por su propio esfuerzo á esferas superiores de sentimiento y de idea. El tipo más bello de hija y hermana que guardan los hu-

manos anales brota en el teatro de Sófocles, y es la dulce Antígona dejándose la corona de su reino y los palacios que le ofrecen príncipes y reyes poderosos para servir de báculo á su padre ciego y enterrarse viva con su hermano muerto. Pues lo que decimos de la dulce Antígona debemos decirlo también de la enamorada Hero. El amor único, el amor eterno, el amor de toda la vida y de toda el alma, prendido á un solo sér, lleno de angustias y de zozobras por lo fugaz de nuestra existencia individual, aspirando á lo eterno y creyendo el tiempo todo cortísimo y pasajero para desarrollarlo, ese amor que se acerca de suyo á la muerte, porque allá en la muerte no hay ni cambios ni alteraciones, el amor de Julieta y Romeo, el amor de Marsilla é Isabel, se halla completo y puro en la hermosa y desgraciada pareja que se llaman Hero y Leandro. Y no se diga que habiendo quedado fija la hermosa leyenda en dramáticos del siglo quinto, inspirado por las ideas cristianas, este amor debe pertenecer de suyo á nuestro pensar y á nuestro sentir común respecto de tal pasión. Las tradiciones relativas á Leandro podrán haberse fijado tarde ó temprano en la historia humana; pero no debe desconocerse que provienen de tiempos muy remotos y suben hasta las edades heroicas.

El amor, tal como aquellos jóvenes lo sentían, apa-

rece muchos siglos antes que lo describiera el dramático y poeta Museo. Entre los poemas naturalistas que nos ha legado el viejo mundo latino, como la naturaleza de las cosas y las metamorfosis de los seres por Lucrecio y Ovidio, ninguno como las Geórgicas de Virgilio. El perfecto músico y poeta de la creación y de los campos acierta por modo maravillosísimo á unir la realidad viviente con la poesía ideal. De la menta que puede crecer entre las piedras en los cercados, del espliego que aroma los riscos en el cerro, de la blanca leche que rebosa en los odres, de los aceites destilados por la oliva y de las mieles cortadas en la colmena, extrae con arte divino ideas poéticas en canoros enjambres, sin que pierdan por eso tan reales y vivos objetos su realidad y su vida. El cántico tercero de las Geórgicas está consagrado al instinto que reproduce los seres. Ceñido el poeta con una corona de oliva, desdeña los cantores guerreros y exhala como de pastoril zampoña ó de flauta recién cortada en las cañas, idílicas armoniosas cadencias. Y estas cadencias se han impregnado en el calor vivaz, cuya virtud, por primavera, lo mismo puebla los nidos que los apriscos. Y al ver cómo la leona cruel, que parece para el odio engendrada por los dioses, ama, y la jabalina feroz que destroza el monte y arremete al pastor, se ablanda y enternece al celo, el poeta

siente las afinidades misteriosas que llaman unos seres á otros seres y entona un himno lleno de casta voluptuosidad á todos los amores. Y cantando la savia que se despierta en la yema, el aleteo de la mariposa tenue sobre los ramos aromáticos, la mirada profundísima de las lunas á los soles, la serenata del ruiseñor, el relincho de la yegua, el mugido de la vaca, el arrullo de la tórtola, recuerda que dos almas se han querido como si concentraran en su seno todos estos amores y han llevado tan encendida pasión hacia más allá de la muerte. Poco después de habernos presentado el jabalí de la Savina, en cuyos durísimos huesos y en cuya piel impenetrable entra el amor como en los seres más tiernos, pinta en versos imortales, de una perfección absoluta, modelos eternos del hermoso decir, aquel joven frigio abrasado hasta en sus tuétanos por el soplo ardoroso de un amor infinito, y que solo, abandonado á sí mismo, escondiendo su cariño en los senos del corazón y en los senos del mar, nada y nada por el Helesponto en óscura tormentosa noche, sin curarse del hervor de las olas que braman y palpitan bajo su cuerpo, ni del estruendo de los cielos que truenan por cien nubes relampagueantes sobre su cabeza, ni de sus padres, á quienes ha dejado, para buscar tan sólo, impelido por el amor y llamado por la muerte, aquella hermo-